

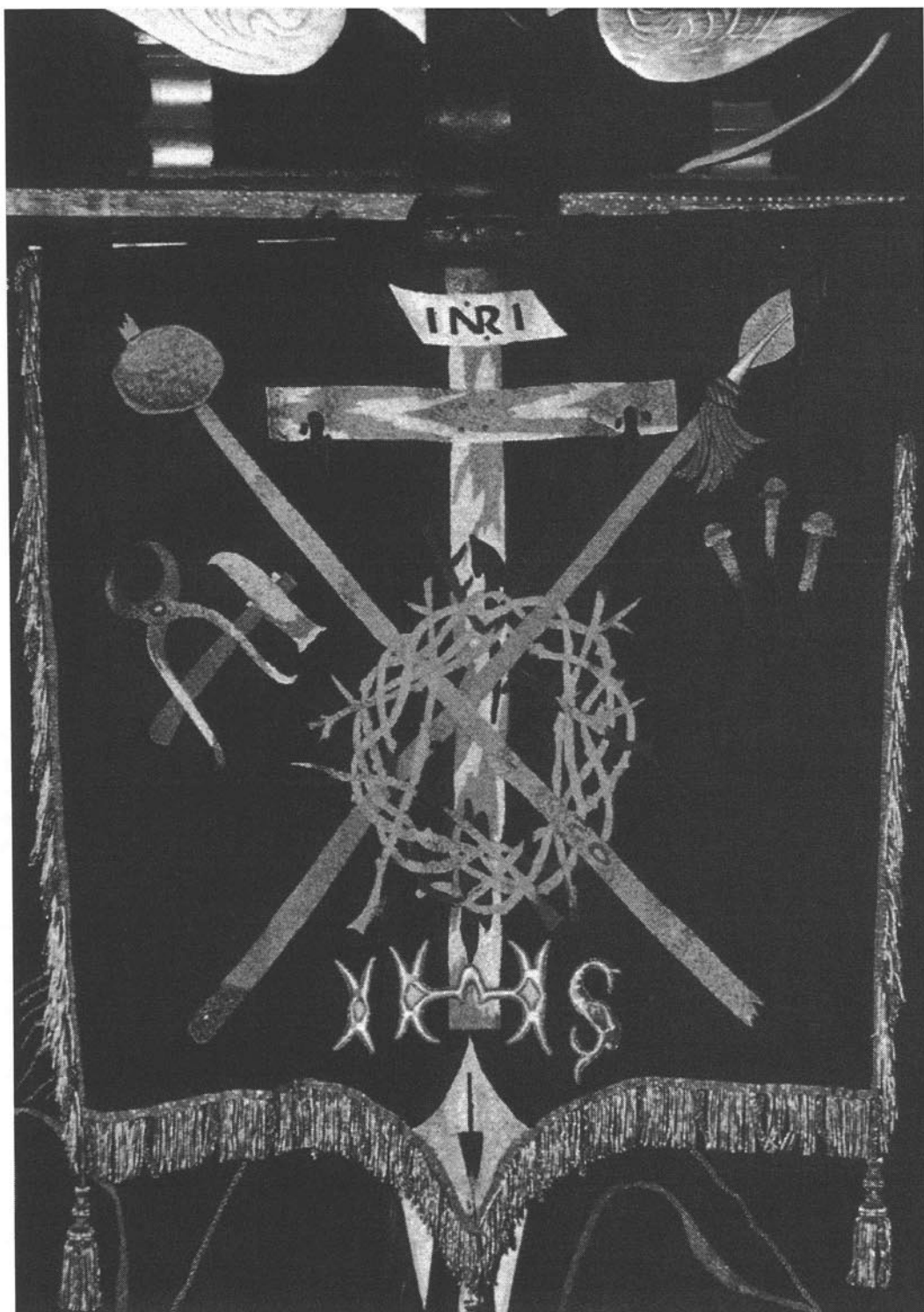


INSTRUMENTOS DE PASIÓN

JUAN JOSE LAHUERTA

En el inicio, abandonadas en las aceras, en las cunetas, en los barrancos, todas las cosas son malas, como instrumentos de la pasión secos y oxidados. Tropezarse con ellas es encontrarse con la imagen de la ruina, del desperdicio y del castigo. Un hombre corriente como aquel famoso paranoico de Minkowski podría obsesionarse con su visión e interpretar el mundo entero bajo su influencia.

Dice Minkowski que su paciente había llegado a creer en la existencia de un sistema especialmente diseñado para él —o contra él— al que llamaba *política de los residuos*: «Cualquier resto, cualquier sobra, tendría que acabar encontrando un sitio en su propio abdomen. A todo, absolutamente a todo lo que está de más en el mundo, le correspondería, sin excepción, ese destino. Si alguien fumaba a su lado, ese paciente se veía amenazado por la cerilla quemada, por las cenizas y por la colilla. Si alguien comía, por las migas, los huesos de las frutas, los huesecillos del pollo, o por el vino y el agua que quedaba en el fondo de los vasos. Los huevos, decía, eran su peor enemigo, a causa de la cáscara... Todas las cerillas, colillas, hilos, trocitos



Pendón del Gremi de Pagesos de la Iglesia de Sant Llorenç, Tarragona, 1940. Publicado en *Quaderns* 179/180, p. 50.
Foto: P .P. Vaquer.

de papel o de cristal que encontraba a su paso cuando caminaba por la calle habían sido puestos allí para él. Después venían las grapas y las pinzas del pelo, las botellas vacías, los sobres y las cartas, las tarjetas de visita, el polvo que cualquiera lleva en los zapatos, el agua de la bañera, los restos de las cocinas de todos los restaurantes de Francia... Y además: la fruta y la verdura podrida, los hombres y los animales muertos, la orina y las heces... Todo tendría que tragárselo... Cualquier cosa, cualquier acción, incluso la más pequeña que pueda imaginarse, era inmediatamente interpretada por él como algo hostil».

También Jujol interpreta el mundo entero a través de los detritos, de los desperdicios. Su hijo lo describe regresando a casa cargado con todo aquello que había ido encontrado a lo largo del día, por el camino. Jujol, en efecto, recoge restos de aquí y de allá, los transporta de un lado a otro, los amontona, los ordena, los transforma, y de ellos surge un mueble, una lámpara, una caja, un atril, un relicario, una corona, una cruz, un edificio entero... Entre un momento y otro, Jujol ni siquiera se ha detenido a *nombrar* las cosas. Todas esas cosas cualquiera —alambre, cartón, planchas metálicas, maderas, piezas de maquinaria, muebles abandonados, botellas, vajillas completas...— estaban allí para que Jujol las recogiese, o, más propiamente aún, para *servirle*. Él las salva de la aniquilación a la que estaban condenadas y ellas se lo agradecen brillando y cobrando vida como en un cuento, cuando el genio las toca. En ese acto de amor no hay palabras, como no sean las del corazón —*verbum cordis*, admirable expresión—, sangrantes. El púrpura y el oro son sus colores preferidos: la sangre redime y las cosas resplandecen.

Al contrario de la *política de los residuos*, pues, la *política* de Jujol desconoce el pánico que convierte a la vida y al mundo material en una sola cosa. Si la *política de los residuos* transformaba al mundo entero en un desperdicio, Jujol se creará llamado a transformar a los desperdicios en mundo.

Así que, en verdad, esto es lo *único* que Jujol encuentra: dos tablones de madera, un papel enrollado, una caña, una esponja con vinagre, una lanza, unas tenazas, un martillo, tres o cuatro clavos y una corona de espinas. La sangre que gotea de esos instrumentos de pasión es el color de la redención: la única pintura que Jujol usa.

Contra **EVA**, **AVE**: Jujol da la vuelta al mundo material. Cuando Jujol se encuentra con **EVA** le basta decir **AVE**, y desparramar sus letras ilegibles por todas partes:

A V E M A R Í A

Jujol no conoce el mundo; no es un arquitecto: es más. Política de los residuos... ¡ven a salvarnos!